

TRATADOS DE ARMONÍA



ANTONIO
COLINAS

Siruela

Antonio Colinas

TRATADOS DE ARMONÍA

 Siruela

Libros del Tiempo

Edición en formato digital: abril de 2022

En cubierta: imagen de Glen Carrie/Unplash

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Antonio Colinas, 2022

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19207-75-3

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

PRIMER TRATADO DE ARMONÍA

De la contemplación

Tratado de signos

SEGUNDO TRATADO DE ARMONÍA

La llamada de la tierra

Páginas del icono

Los caminos del tiempo

En las noches azules

TERCER TRATADO DE ARMONÍA

Retornos a la isla

Hacia el noroeste

Geometrías del fuego

CUARTO TRATADO DE ARMONÍA

Una lectura de Pasternak

Del otoño avanzado de la vida

Del cuaderno de Jerusalén

En la Montaña Kumgang

Sobre el *Respirar*

«Enseña a vivir bien, esto es, a vivir conforme a la naturaleza».

SÉNECA

«Si la especie humana no puede leer en la naturaleza, o leer la existencia, entonces ¿qué entenderá o aceptará? En otras palabras, ¿de qué sirve que las criaturas humanas inventen una narración que explique la existencia cuando las realidades de la naturaleza son, en sí mismas, una lectura lineal como es? Por consiguiente, entendamos la naturaleza leyendo la naturaleza. Lo que hay que adquirir es la capacidad de reconocer signos. Esta es la ciencia más alta».

FRAGMENTO SUFÍ

«¿Y qué es la armonía? La armonía es el acuerdo entre las fuerzas del mundo y el orden de la vida del mundo».

ALEKSANDR BLOK

«La mente y la naturaleza constituyen una realidad indivisible. Nada oculto puede deducirse por raciocinio».

C. G. JUNG

PRIMER TRATADO DE ARMONÍA

De la contemplación

Venus temblando húmeda y pura sobre el horizonte, en un cielo de un azul casi negro. Me esfuerzo por leer en su luz y de esa luz brotan, durante unos segundos, los momentos en que he sido más feliz. Algo debe de haber en esa estrella. O más allá de su luz temblorosa, muda. Allá arriba debe de estar la verdadera vida, puesto que todo lo que en nosotros está vivo no cesa de ascender: árboles, aves, miradas. Por el contrario, todo lo que muere busca la caída hacia la tierra: hojas secas, aves heridas, la mirada del hombre derrotado.

*

Hay momentos en que tenemos la certeza de que no sabemos absolutamente nada. Sin embargo, no nos desesperamos, pues sabemos que en el fondo es una idea iluminadora, feliz. Es precisamente en esos momentos cuando nuestros labios repiten: «Solo sabemos que no sabemos nada y que además no deseamos saber nada». Porque hay ocasiones en que esa nada puede ser el *todo*, un vacío del que brota la plenitud de ser.

*

Todo es astral, digan lo que digan las mentes más

radicalmente racionalistas. El autor del Ecclesiastés pareció fijarlo muy bien. Hay días para leer y días para pasear, días para penar y días para gozar, días para plantar árboles y días para quedarse inmóvil en el lecho. Habría que ver hasta qué extremo la voluntad influye en lo astral. La oscura mecánica celeste contra la no menos oscura mecánica de nuestros nervios y de nuestras sangres. Esta es la gran cuestión, la gran batalla que a veces debemos entablar cada día, cada hora.

*

Me llueven los problemas de todas las partes. ¿Qué hacer? Me he puesto a serrar leña y más leña en el bosque. ¿Qué sería de mi vida, en esta mañana, sin la sierra y el bosque?

*

Juan Ramón Jiménez habló con gran acierto de la «agria envidia amarilla» de este país, pero él, en su madurez, dejó transparentar también su acritud. Nadie tiene la verdad en exclusiva. Lo que él dijo de Machado o de Lorca cualquier lector lo podría haber dicho de Juan Ramón. Hay zonas en el comportamiento de todo autor que no nos satisfacen, así como en su obra, pero ¿por qué no expresarlo interiormente, sin agresividad? Produce una especial tristeza no encontrar este don en personas maduras y reconocidas, en personas que admiramos. Lo más difícil en este país parece ser la flexibilidad.

*

¿Cuál es la razón más poderosa para vivir? Sin duda, el respirar conscientemente. La respiración es uno de los escasísimos bienes que nos conducen gratuitamente a la armonía. Pero suele ser tanta nuestra confusión diaria que habitualmente ni siquiera somos conscientes de que respiramos.

*

El perro se pasa las horas obsesiva y sutilísimamente atento a cuanto sucede en el valle. Un rumor lejano, un silbido, un ramaje que cruje, bastan para inquietarlo. Su sensibilidad debe de ser enorme. Confío en que esa sensibilidad le sirva de goce y no de dolor. Pocas cosas hay tan amargas como el sufrir por un inútil exceso de sensibilidad.

*

¿La extremada sensibilidad es un don o una condena? ¿Es un goce o una enfermedad? A estas alturas no tengo todavía respuesta para esta pregunta. ¿No hay respuesta o acaso cabe una doble respuesta? Quizá —como la vida para el hombre— la sensibilidad sea, a la vez, un don y una condena. Pero sellemos esta unión de contrarios con la plácida respuesta del silencio.

*

Durante siglos se ha ironizado con la música de los astros, de la que hace ya tantos siglos hablaron órficos y pitagóricos. Y, más tarde, Juan de la Cruz, en hermosos

versos, con su «música callada». Tanta ironía sobre los ritmos y la armonía del Universo cuando ahora la astrofísica habla, científicamente, de ese mismo sonido. Nadie se extraña hoy de que los científicos aludan al «ruido de las estrellas», a «escuchar el espacio», a la «canción radioeléctrica», al «zumbido de las galaxias». Los poetas no lo hubieran dicho mejor.

*

Todavía invierno. El valle completamente verde y en su centro el almendro florido, una gran masa blanca, una hoguera de luz. De repente, se pone a nevar. Nieva sobre el almendro florido, nieva sobre la nieve. Todo como en una estampa japonesa. Imposible describir con más detalle esta visión sin caer en el exceso, pero pruebo a hacerlo con la brevedad de un poema. Hay veces —esta es una de ellas— en las que la realidad supera con creces al arte.

*

En este año en que se celebra el centenario de la muerte de Emily Dickinson está bien recordar su imagen de que el poema verdadero *respira*. Ninguna sensación más hermosa a la hora de leer un poema auténtico. ¿Y qué imagen usar para el mal poema, para el falso poema? En el mal poema la palabra ni siquiera se pudre. Está seca como las hojas caídas y sin savia del invierno.

*

Al contrario que Jorge Manrique, siempre he pensado que

cualquier tiempo pasado fue peor. Más allá de cualquier dolor o pesar, de cuanto hemos perdido, de los años gastados, nada se puede comparar con la dulcísima experiencia de respirar en el presente, de vivir todavía el *instante de oro*. En el presente respiramos la esencia de todos los goces pasados y la luz purifica cualquier posible pesar. Presente: dulce y plena experiencia de respirar la luz, de ser *luz*.

*

¿Existe una sola verdad o muchas verdades? ¿Todo es uno o todo es diverso? Quizá todo sea a la vez uno y diverso, como pensaban —con palabras distintas— Lao Zi y Platón. Más allá de esta dicotomía hay una corriente en el tiempo y en las culturas que arrastra a aquellos hombres que han deseado saber más o más intensamente. La sed de conocimiento solidariza a los seres humanos. Pero ¿qué decir de la otra corriente, la de quienes *no* desean saber? Imposible librarse de los extremos. Hoy, como ayer y como siempre, fundir armoniosamente los extremos es el gran don que perseguimos.

*

En qué pocas ocasiones, en qué pocas Poéticas, encontramos fundidas la poesía y la armonía. Recuerdo, sin embargo, unas páginas excepcionales de Aleksandr Blok sobre esta fusión, sobre el sentido equilibrado y pleno de la vida: «¿Quién es un poeta? ¿Una persona que escribe versos? No, claro que no. Se llama poeta no porque escriba en verso sino porque dota de armonía al sonido y a la

palabra, porque él es hijo de la armonía».

*

¿Qué significa ese inconfundible y melodioso rumor del viento en los pinos? ¿Es el crujido de la luz? ¿Es el paso del tiempo? No. Más bien ese rumor es la solidificación de un tiempo que nunca lograremos vivir: un tiempo vacío y musical a la vez, todo él extravió inagotable, infinito. En otra ocasión, cuando puse título a uno de mis libros de memorias de infancia, *El crujido de la luz*, me referí a ese crujido que produce la nieve cuando la pisamos.

*

A veces, la mujer es ese resquicio por el que el mundo nos deja ver su carácter divino. El cuerpo de la mujer a nuestro lado o entre nuestras manos: el buen oro de lo misterioso fundido y solidificado, el Sueño cristalizado ¿Una prueba más de la sacralidad del mundo?

*

Pasamos los años haciéndonos desesperadas preguntas y no sabemos que, a nuestro alrededor, todo son respuestas. Ahogados en un turbión de preguntas, no queremos o no sabemos ver las respuestas continuas que la naturaleza nos ofrece. Rara vez aceptamos el mundo tal como es: como una única, grande y clara respuesta.

*

Aldous Huxley dedica casi todas las páginas de su ensayo sobre Ben Jonson a atacar al Romanticismo y a la literatura inspirada. También a aplaudir al realismo intelectual. Pero al final (quizá no muy convencido de su rigor racionalista) se contradice y escribe unas palabras que echan por tierra cuanto acaba de decirnos: «Lo cierto es que las grandes victorias del arte tienen lugar en un mundo que no es por completo del intelecto, sino que se encuentra como suspendido entre él y ese mundo inenarrable, pero de suprema realidad para quienes han penetrado en él». Moraleja: muchos escritores no llegan a lo que Huxley llama con sorna «misteriosa inspiración» no porque no quieren, sino porque no pueden. ¿Quién aguantaría, en concreto, la obra del propio Huxley si la priváramos de sus párrafos inspirados, artísticos, «misteriosos»? ¿Y qué pensar de ese profundo testimonio intelectual que fue su libro *La filosofía perenne*, esa antología universal de textos que remiten a la sabiduría de lo misterioso inspirado?

*

Nos esmeramos en cuidar de nuestras relaciones sociales, no cesamos de hacer planes y proyectos, buscamos incesantemente las soluciones fuera de nosotros sin saber que las obras más nuestras, más esenciales, a veces se conforman y maduran *inconscientemente* en nuestro interior. Incluso hay veces en que sentimos cómo esas obras se conforman y maduran en silencio. Maduran como madura la luz del otoño.

*

La prisa es una carrera hacia la muerte. La lentitud detiene el tiempo, ensancha el instante, propaga la vida en armonía.

*

Bien pudiera ser *armonía* una de las palabras claves para el ser. La vida, el mundo, es una armonía que nos empeñamos en vivir en desarmonía. Seguir los ciclos, las estaciones, las mutaciones naturales; observar el curso del macrocosmo y del microcosmo, y adaptarnos periódicamente a él. Vivir en plenitud; esperar con calma cuando nos asalte algún mal. Evitar, cuanto nos sea posible, la desarmonía. Esta es una de las claves del ser.

*

La irracionalidad de la vida humana —es decir, la existencia en el mundo de la enfermedad, de la injusticia, de la muerte— nos lleva una vez más a hacernos las preguntas de siempre. La irracionalidad del mundo y también su plenitud: el goce, la alegría, los ensueños. De este contraste brutal (goce-enfermedad, alegría-injusticia, muerte-sueños) nacen nuestras dudas decisivas: ¿Existe la Divinidad? ¿Existe un ser creador de la materia del universo y no existe para los actos y consecuencias graves de los humanos? ¿Creó la Divinidad el mundo y luego se retiró —o se anuló— abrumada por la complejidad de su obra? ¿No serán quizá los seres, los que ponen la desarmonía en su vida con sus actos, el caos, en un mundo que originariamente estaba bien hecho, o que simplemente era como debía ser? Pero ¿cómo comprender y aceptar la

muerte de los niños, el dolor y la muerte de un solo niño, de un solo ser en el planeta? ¿Y cómo comprender que todas las ansias del hombre, sus sueños mejores, están destinados a ser convertidos en cenizas?

*

Plenitud de la noche perfecta de julio. Las estrellas puras, el viento cálido, el rumor del pinar y el canto de los grillos crean una melodía delicadísima y sublime. Nadie pondría en duda que —al menos por esta noche— el mundo está bien hecho, es extremadamente perfecto.

*

No es que en esta vida haya que ser, en principio, necesariamente malvados, pero ciertas actitudes radicales se prestan a que ciertos seres humanos así sean considerados. Porque existen momentos en nuestras vidas en que nos vemos obligados a decir que *no*. Hay momentos en que hay que negarse radicalmente a palabras, a actos, a personas, aunque ello produzca tensión o dolor a nuestro alrededor y aunque, por algunas razones, debiéramos decir que sí. Hay momentos en los que, simplemente, hay que decir que no para poner a salvo nuestro equilibrio, para no ser destruidos, para subsistir.

*

Para ahorrarnos muchas fuerzas y algunos disgustos hay que tener presente que al necio siempre se le convence con hechos y nunca con palabras. Y si estos hechos vienen

avalados por el paso del tiempo —si el necio descubre la verdad tardíamente y por su cuenta—, mucho mejor.

*

Diógenes salió con su lámpara en busca de un hombre, de un solo hombre verdadero. Recuerdo que, a veces, en mi primera juventud, vagando por las calles de algunas grandes ciudades, no deseaba otra cosa que encontrar con ansiedad un alma, una sola alma verdadera, con la que poder intercambiar cuanto sentía dentro de mí.

*

Una vida excesivamente introvertida e intelectual suele llevar a no valorar el propio cuerpo, como si materia y espíritu no fueran una totalidad, como si el mundo no tuviera también su alma. Una hermosa frase de Tieck puede servirnos para esclarecer estas ideas: «Nuestra vida entera consiste en un doble esfuerzo: descender hasta el fondo de nosotros mismos y luego, *olvidándonos*, salir de nosotros mismos». Toda vida suele ser, en efecto, un continuo descenso a los infiernos. Luego —como diría María Zambrano— hay un momento en que es preciso dar la *voltereta* y, *olvidando*, como dice Tieck, salir de la situación infernal. Pero ¿cuál es el camino para esta liberación? A los labios me vienen unos versos de Pessoa: «O melhor é ter ouvidos / E amar a Natureza».

*

El confucianismo es una doctrina adecuada para moverse

en sociedad. El taoísmo es la doctrina perfecta para movernos dentro de nosotros mismos. Confucio nos ayuda a «ir tirando» y a guardar las formas. Lao Zi nos ayuda a ser felices radicalmente, con todas las consecuencias, en un mundo difícil como el de hoy, que poco tiene que ver con las lúcidas teorías del sabio.

*

Nunca había oído vibrar a las cigarras con tanta fuerza. En el fondo del barranco se oye cantar a una de ellas con una intensidad y una dulzura que desconocía. Cierro los ojos y me concentro en su sonido. Me olvido de todo. Luego, cuando la cigarra calla, es el silencio lo que me invade. Y, en mi interior, este silencio se torna en dulce vibración, en armonía. La cigarra está dentro de mí. Cigarras, «tiernas como lirios» en la *Ilíada*. Canto de la cigarra: sonido y melopea del estío, monodia de la luz, armonía.

*

A medida que profundizamos en nuestras vidas y que maduramos, nos va rodeando un nuevo silencio: el de las personas que crecieron y progresaron con nosotros. Por el contrario, un nuevo fervor nos rodea: el de aquellos que sin suponer nada en nuestras vidas, sin tener intereses, nos muestran su atención y afecto. ¿Esta es la prueba objetiva de que estamos en otro plano de la existencia, de que no somos lo que fuimos, o que quizá hemos roto amarras que eran inútiles? Por el contrario, suele ser bien cierta la idea de que una amistad perdura siempre si es verdadera.

*

Entre el ansiar el más allá —abrazar la vía mística— y la vida puramente vegetativa, animal, existe otra senda: la del ignorante-ebrio que, al ignorarlo todo conscientemente, lo sabe todo. El ignorante-ebrio ignora los extremos, la dualidad; no persigue el cielo ni teme el infierno. El ignorante-ebrio no tiene más afán que el de respirar y gozar la luz.

*

Cuanto más arriba se asciende en la montaña de la vida (o del reconocimiento) más huracanados son los vientos que azotan. Esta es una verdad incuestionable. Pienso, sin embargo, que lo más difícil no es aguantar, impertérito, los fuertes vientos de la cima. Lo más difícil es saber descender de la montaña a tiempo, simplemente saber *descender*. Y, al hacerlo, seguir, paradójicamente, *ascendiendo* en nuestro interior, siendo fieles a lo que debimos y debemos ser.

*

Tras la muerte de Robert Graves falleció otro grande y solitario león de la literatura: Gerald Brenan. Al parecer, Brenan murió con un único y gran pesar: el de no haber llegado a ser «un poeta auténtico». Es curioso que diga estas palabras un hombre que a principios de siglo, a sus veinticinco años, se retira del mundo con dos mil libros y se refugia en lo más intrincado de las Alpujarras. No cabe duda de que quien así se comportó tenía un alto concepto

de la existencia y de la poesía. A veces, ese desmesurado deseo de fundirse con la soledad en plena juventud da la talla de ciertos poetas conocedores de sus límites, pero verdaderos.

*

Era mediodía. En el cristal del salón se oía un ligero y desesperado repiqueteo. Un petirrojo había quedado atrapado en la casa. Engañado por la luz y el verdor, el pájaro intentaba escapar golpeando desesperadamente con su cabeza el ventanal. No es la primera vez que esto sucede y que descubro un pájaro muerto en el salón a fuerza de engañarse con la luz, de golpearse contra la falsa realidad del cristal. Algo parecido sucede a veces con los humanos: atraídos por la luz, golpean y golpean la realidad —el cristal—, se estrellan contra ella hasta huir o morir en la empresa. Afortunadamente, llegué a tiempo de recoger al pájaro, de abrir la puerta y de arrojarlo al aire, a la luz que deseaba. Voló entre las ramas a una velocidad increíble. Pero ¿cuál es la mano que —sin peligro— nos puede conducir a los humanos a la plena libertad de la *luz*?

*

Descendí a lo más hondo del barranco, a un lugar en el que a lo largo de doce años no había estado. Allí crecían salvajes, húmedos, espesísimos, los algarrobos y las sabinas, las jaras y los abetos. Era tal la espesura que no se podía avanzar. Abrí con dificultad una senda hacia aquel enmarañado verdor. Estoy seguro de que nadie había hollado nunca ese espacio. Deseé contemplar en síntesis —

como quien utiliza un microscopio— allá, en lo más recóndito del valle, la verdad de la naturaleza, la verdad de la vida. ¿Y qué es lo que en síntesis vi? Un continuo crecer y morir, un incansable florecimiento y una inagotable putrefacción. Era como si la muerte de unas plantas alimentara la juventud de otras. Había troncos enormes de algarrobo caídos y podridos junto a las nuevas y flexibles ramas, de un verdor claro, vigorosamente erguidas. Y flores brotando de la gruesa capa de humus. Crecer y morir continua y cíclicamente. No hallé otra verdad más real, más hermosa y terrible en lo más hondo del barranco.

*

Durante varios días me ha rondado (y obsesionado) la verdad descubierta en lo más profundo del valle. ¿Cómo neutralizar esa dualidad del vivir? ¿Cómo ignorar u olvidar ese ciclo perfecto de corrupciones y de florecimientos? ¿Dónde hallar una verdad intermedia? Afortunadamente, la he encontrado en la música. Una música inspirada quiebra —¿momentáneamente?— la incertidumbre que produce la dualidad. La música es el más fiel y real reflejo a nuestro alcance de la anhelada Unidad.

*

Bajando a lo hondo del torrente para recoger leña he vuelto a encontrarme con el enorme algarrobo de la vida y de la muerte, con el árbol en continuo rebrotar y pudrirse. Y en su tronco he encontrado una inesperada sorpresa: la *gírgola*, la más rara y exquisita de las setas que crecen en estos bosques. ¿Qué significa este hongo que brota de la

vida y de la muerte del árbol, este nuevo signo? Algo hay, algo debe de haber más allá de la vida y de la muerte.

*

Decía Debussy que, a medida que pasan los años, van aumentando en el artista «la incertidumbre y la ociosidad». Quizá ambas actitudes son reflejo de la inevitable dualidad del ser. También podríamos decir que las que en realidad aumentan son la reflexión y el vacío mental consciente. Cada una de estas actitudes contrapuestas (incertidumbre-ociosidad, reflexión-vacío mental) intentan anular a la otra. Y los reflejos de ellas son infinitos: aumentan la duda y la certeza, la amargura y el placer, la oscuridad y la luz, el ser y el no ser. Ante la imposibilidad de fundir los contrarios hagamos lo posible para ser fieles a la segunda actitud: la del ocio fértil, la del vacío lleno por consciente, la de la certeza, la del placer, la del no-ser siendo, la de la *luz*.

*

¿Cómo explicar la finitud, la muerte? ¿La muerte sería el fin natural que una Divinidad *celosa* le impone a los humanos? Según *El libro de los cambios*, «Dios impugna al hombre en el signo de lo creativo». El deseo de saber, la creatividad humana, el Arte, deben tener un fin. De lo contrario, también los hombres llegarían a ser como dioses. Pero de esta dura idea surge otra positiva e iluminadora para una vida plena: no superar jamás los límites naturales, ponerse en todo momento en sintonía con la totalidad, parece ser la vía más justa e inequívoca.

*

Ha pasado otro año. El cielo extraordinariamente azul, el valle verde y en su centro —otra vez— el almendro cuajado de flores blancas; otra vez la permanencia de lo natural y, a la vez, algunos pequeños signos de cambio, como el erizo que ha regresado con la humedad y que ha caído y quedado prisionero en el recipiente donde el perro come. Y a los labios me vienen unos versos de Antonio Machado: «Todo pasa y todo queda, / pero lo nuestro es pasar».

*

Vivir en el país en el que siempre sople este viento sabroso de poniente, que alegra el ánimo y aligera nuestros miembros, que da vida. Vivir siempre las noches en que pasa este viento claro y seco de poniente que hace aún más cálidas y misteriosas las luces perdidas en la arboleda. Vivir donde no habite el viento húmedo y perturbador de levante. (Ya tenemos otra vez aquí los extremos, la obsesiva dualidad).

*

En una esquina de la terraza reposan resquebrajados los restos de la vieja ánfora romana. Su superficie está llena de conchas, moluscos y ásperas incrustaciones fosilizadas. Es solo un trozo de tierra reseca y quebrada. Y, sin embargo, la conservamos porque en sus veinte siglos de antigüedad el Tiempo se ha congelado. Lección de la simple materia que, no siendo nada, lo es todo.

*

Canto del mirlo: ¿tenaz y desesperado afán de contener en un silbo toda la belleza y la perfección del mundo?

*

El verso es la palabra originaria, fundadora; palabra que reproduce el ritmo del mundo. Por eso, al leer el verso, al respirar las palabras, respiramos el ritmo y la música del mundo. Y nuestro pecho se inflama entonces de eternidad musical.

*

La mejor educación es ejercer el ejemplo; pero un ejemplo natural, persistente, sobrehumano a veces. Un ejemplo que reproduzca las invariables constantes de la naturaleza. Que un maestro o un padre sean ejemplares para los niños como lo son los arquetipos: el otoño, el alba, el ocaso, el crecimiento del árbol, el curso del agua entre las duras rocas.

*

Cuando la Unidad se deshace o se fragmenta, al final siempre aparece lo caduco. Del único y grueso tronco del chopo surgen cuatro grandes ramas, y de cada una de estas ramas una multitud de pequeños ramajes. El final de este microcosmo, la copa del árbol, termina en una única hoja que comienza a amarillear, que pronto caerá. La infinidad de pequeños ramajes conocerá el invierno y la caducidad.

Sin embargo, el único y grueso tronco originario conservará todo el invierno en su entraña la savia de la vida. Una vida que él extrae, en silencio, de lo negro subterráneo.

*

Despertarse inesperadamente en medio de la noche y sentirse sobrecogido por el silencio y por la soledad absolutos del valle. Y sentir en el rostro el soplo infinito, la vaharada azul de los astros, como el aliento de un dios mudo que desea posarse en nuestro rostro, mientras dormimos, para *despertarnos* del vivir rutinario, inconsciente.

*

El furor intelectual y religioso de Ramon Llull es un misterio. No es fácil comprender el sentido último de su enérgico afán. Llull es, verdaderamente, entre los humanos geniales, un caso único. Su vida y su obra son sobrehumanas. Pero esa mezcla impetuosa que en su vida se dio del ermitaño y del fanático predicador de plaza, ¿no nos permite afirmar que en él pudo más la desarmonía que la armonía? ¿No explicaría la inferioridad de su obra poética con respecto a la prosa esta derrota?

*

¿A veces, Giordano Bruno parece un imitador de Ramon Llull? Si las personalidades de ambos autores fueran dos obras pictóricas, ¿no podríamos decir con entera justicia

que Bruno fue una copia de Llull? Y, sin embargo —si nos atenemos a la esencia de sus mensajes—, la heterodoxia de Bruno rehúye todos los dogmas, es —valga la redundancia— mucho más *heterodoxa* que la de Llull.

*

Para el escritor no existe reconocimiento mayor que el que le ofrece el lector anónimo; ese lector apartado, sin poder de ningún tipo; ese lector —dicho sea con todos los respetos— que *no existe*. El creador arroja su palabra nueva al océano de la noche y, en una orilla apartada, el anónimo lector recoge el mensaje, *sintoniza* con la palabra revelada. No otro es el fin de la creación: encontrar un espejo claro y anónimo donde reflejar la palabra *inspirada*.

*

He aquí el triángulo que concierta y armoniza lo humano y lo misterioso:

Música

Palabra Número

Aunque quizá podría establecerse otra versión más concreta, más dogmática, de este armónico triángulo:

Religión

Arte Ciencia

O una tercera más concreta y comprensible:

Mozart

Fray Luis Einstein

*

Casualmente descubro en un texto infantil la siguiente frase, aparentemente superficial y ligera: «Si buscas algo que no haya en este mundo, corre, ríe, canta, baila. Canta, amor, baila; baila, amor, canta; ríe, amor, corre; corre, amor, ríe». Parece solo un simple trabalenguas, pero derviches y sufíes no hubieran ejemplificado mejor con palabras la práctica del ser felices desde la absoluta despreocupación.

*

Días de vientos huracanados. En el jardín, un joven abeto se ha inclinado peligrosamente, corre el riesgo de ser arrancado de cuajo. Lo hemos sujetado a duras penas con unas cuerdas a otros troncos. Vientos fortísimos e inesperados, impotencia del árbol joven —pero mal arraigado—, desesperadas ayudas y apoyos. No puedo por menos que ver en ese árbol la vida del hombre. Otra vez la naturaleza explicando con su lenguaje de símbolos la norma y la verdad humanas.

*

Al fondo, las enhiestas montañas. Delante, todo el valle cargado de pinos. En primer lugar, tres almendros cuajados de flores, tres fogonazos de luz. Un paisaje así, tan misterioso y perfecto, me hubiera hecho llorar en mi adolescencia. ¿Qué filtro hay ahora en la pupila? ¿Qué niebla la voz? ¿Qué muro contiene en el ojo las lágrimas, la alegría? ¿Por qué, a medida que pasan los años, el mundo tiende a desacralizarse ante nuestra mirada?

*

El valle perfecto, el jardín ahogado en las flores y en los trinos de los verderones, la casa envuelta en el silencio de los libros y de la música: el paraíso. Y, sin embargo, la sangre no discurre por las venas con la tensión adecuada. El paraíso está demasiado bajo, a la altura de la mar. El paraíso existe, pero la sangre necesita ascender, subir a luces más altas. Habrá otros paraísos en la altura, pero sin duda los habitarán seres cuya sangre necesite de la bajura, de la proximidad de la mar. La sangre, la carne perecedera y la belleza del mundo solo pueden estar temporalmente en armonía. Por eso, quizá, para los humanos cualquier paraíso vivido sin consciencia puede ser una «jaula de oro». Como para Giacomo Leopardi era su palacio paterno.

*

Estrujar con la mano un puñado de frescas hojas de eucalipto y aspirar plácidamente su perfume: fundir durante unos instantes —mientras el perfume dura— el microcosmo de la hoja con el macrocosmo de nuestros

pulmones.

*

El buceo, el baño en la mar, reproducen con gran fidelidad las condiciones del útero materno. Es como si se regresara a la inconsciencia y a la plenitud primeras. Sin embargo, el peso de nuestros sentimientos y de nuestros pensamientos —el peso de la realidad— nos hace *caer*; paradójicamente, hacia arriba, nos obliga a salir a flote. Lo que en nosotros queda del niño tira plácidamente hacia lo hondo, pero la gravedad de los años vividos tira de nosotros hacia la superficie. Esto sería una versión metafísica del conocido principio de Arquímedes. Este se hubiera asombrado de la variante de su principio, según la cual los cuerpos ascienden y flotan en el agua a causa de su consciencia y de su dolor.

*

El suicidio, por todo lo dicho anteriormente, es el más urgente y desesperado método para llegar al útero materno, es decir, para matar voluntariamente la consciencia. Quien no sube a la superficie, quien no regresa de la inmersión marina, halla —¿la halla?— la paz primera, anula la tensión entre pensamiento y sentimiento, pero deja de *ser*. ¿El suicida es el hombre más radicalmente niño?

*

Noche dulcísima de julio. Un año más, la mágica vibración

de los grillos propaga hasta las estrellas la idea de armonía infinita. ¿Cómo traspasar esta armonía al ser? ¿Dónde la música que mantenga la serenidad de esta noche, la insondable belleza del mundo?

*

El monasterio —su claustro— achica el cosmos, resume el universo, es macrocosmo en el que feliz y en soledad se identifica el microcosmo del *ser*, del solitario radical, con todas las consecuencias.

*

Desde hace unos días un grillo ha entrado en la casa, y canta toda la noche entusiasmado en alguna grieta. No hemos podido dar con él. Su afán de armonía y de ritmo nos persigue y nos obsesiona noche tras noche. Y, sin embargo, nosotros seguiremos sin aprender su lección sin palabras, la lección de su música humilde.

*

La luna amarilla asomando y ocultándose continuamente tras las negras nubes. Sucesión de la luz y de la sombra en la noche. Como en la vida: el conocimiento y el temor, el saber y el ignorar en un tiempo insondable, angustioso, infinito.

*

En todo paraíso siempre habita una serpiente. Lo que se